

con abundancia, en este país, malvises, mirlos, palomas torcaces, gallisordas, jayos, perdices, faisanes y muchísimas otras chases de aves, entre las que no faltan águilas y otras de rapiña; y ya en los bosques, ya en las peñas de las grandes alturas, los rebezos, venados, corzos, tejones, gatos monteses, raposos, lobos, jabalíes, osos, y otros muchos cuadrúpedos salvajes, existen en tanto número, que parece están diciendo á las gentes del país: —¡Cazadnos!

No es, á pesar de todo, fácil empresa la cacería de algunos de esos animales, y la del oso no carece de obstáculos y peligros. Habitando el oso generalmente en los más enmarañados bosques, de donde suele salir á comer la miel de las colmenas, ó el maíz, el trigo y las uvas de las montañas cultivadas, si no prefiere, como desde hace algunos años se ha notado, echarla de animal carnívoro y probar la carne de alguna cabra, oveja, ó vaca, cuesta gran trabajo hallarle en sus escondrijos, y si se le encuentra y se le hiere no más, se necesita muy sereno ánimo para resistir su acometida feroz y librarse de sus uñas, que son bastante terribles, según creo, pues abren en canal á un hombre en menos que canta un gallo. Para ejemplo, recordaré que en octubre de 1880 una osa, que luego de muerta pesó más de 400 libras, y cuya grasa tuvo el peso de cerca de dos arrobas, yendo herida, y después de zarrandear de lo lindo á una mujer, cogiéndola por las sayas cuando estaba trabajando en un sembrado de patatas, se dirigió á un mozalvete que estaba vareando el fruto de unos avellanos, le dió un par de golpes con las garras, y le abrió así el pecho y el vientre en un segundo, dejándole muerto en el acto.

Verdaderamente, para quien sabe esas costumbres de la fiera, y para quien no las sabe, no es muy simpático el aspecto del oso cuando el terrible animal se presenta á pocos pasos en el bosque. Pero esos mismos peligros han puesto en el ánimo del Rey el deseo de afrontarlos y vencerlos; y para proporcionar al joven Monarca esa satisfacción, está dispuesta una cacería de osos en los bosques lebaniegos. Entre los muchos puntos de Liébana que para la arriesgada, pero á la vez alegre cacería, se han podido elegir, el mejor, á no dudarlo, por ser abundante siempre en esa especie de fieras, es el bosque llamado *de Bedoya*, por pertenecer á unos pueblecitos que antiguamente formaban un concejo de aquel nombre.

En Potes, villa central y capital del juzgado de Liébana, viven dos estimados amigos míos: D. Eulogio Soberón y D. Manuel Cuevas. Jóvenes, activos, conocedores muy prácticos de la comarca, inteligentes, bien

relacionados con los más afamados cazadores del país, y aficionados ellos mismos á las excursiones venatorias, recibieron hace pocos días, del ingeniero Sr. de Arce, Director facultativo de las minas de Ándara, el amistoso encargo de buscar algún oso en los bosques y hacer los necesarios preparativos para el conveniente ojeo. En seguida, los dos encargados, montando á caballo y recorriendo las aldeas, pusieron de acuerdo con los más expertos cazadores, y dieron al Sr. de Arce la noticia de que en el antes mencionado bosque de Bedoya han sido vistos una osa y un *oseto*, ú oso de cría.

Vigilando para que las dos fieras, de índole nada sedentaria, no marchen por la espesura sombría de aquel sitio á otro bosque, donde no pueda saberse que están, los Sres. Soberón y Cuevas tienen, además, organizadas las cosas de tan buena manera, que probablemente, para cuando S. M. el Rey vaya á cazar en los montes de Bedoya, se habrá conseguido hacer que acudan á dicho bosque algunos osos más, de la parte de Buyezo y otras aldeas limítrofes. Mas de no conseguir eso, la osa y el osoto, si permanecen una semana más en sus escondrijos de Bedoya, bastarán para que nuestro animoso Monarca tenga el placer de cazar una de las más terribles fieras, después de haber cazado en las elevaciones de los picos de Europa los rebezos.

Cuando tal suceda, bien sé que los lebaniegos celebrarán el éxito de la cacería más, mucho más, de lo que suelen cuando ellos, modestos aldeanos de un rincón de España, son los cazadores. La regia cacería de osos tendrá lugar el día 20 ó el 21, según fundados cálculos.

Mientras tanto, y después de hacer constar aquí mi enhorabuena á los Sres. Soberón y Cuevas por su inteligente actividad en secundar los propósitos del ingeniero Sr. de Arce para que el bondadoso D. Alfonso XII encuentre en estas pobres montañas lo único que los moradores de ellas pueden ofrecerle: respetuoso amor, leal adhesión y deseo vehemente de hacerle agradable el viaje á estas regiones; bueno es decir á V. que las alturas de los picos de Europa se van animando con los viajeros que acuden á visitarlas antes de que S. M. llegue con su comitiva. Además de otras personas que han venido á estas montañas en días anteriores, ayer pasaron por aquí dos hijos del señor Conde de Moriana y otros dos muy apreciables montañeses de la parte de Igüña, Sres. Bustamante y Torre Vildósola, todos los cuales han recorrido Liébana y toda la cordillera de los Picos, hallando en su instructiva excursión mucho y muy sano recreo. La moda de

visitar países extranjeros, desdefiando y desconociendo lo que en España hay de notable, va dejándose en desuso por las personas instruidas y amantes de la patria; y los que amamos lealmente á los pueblos lebaniegos nos regocijamos de que los habitantes de otros países vengan á visitar este.

También de la parte de Cervera de Pisuergra y de las minas de Barruelo, en la provincia de Palencia, pasaron por estos Picos algunos visitantes, no muchos días há.

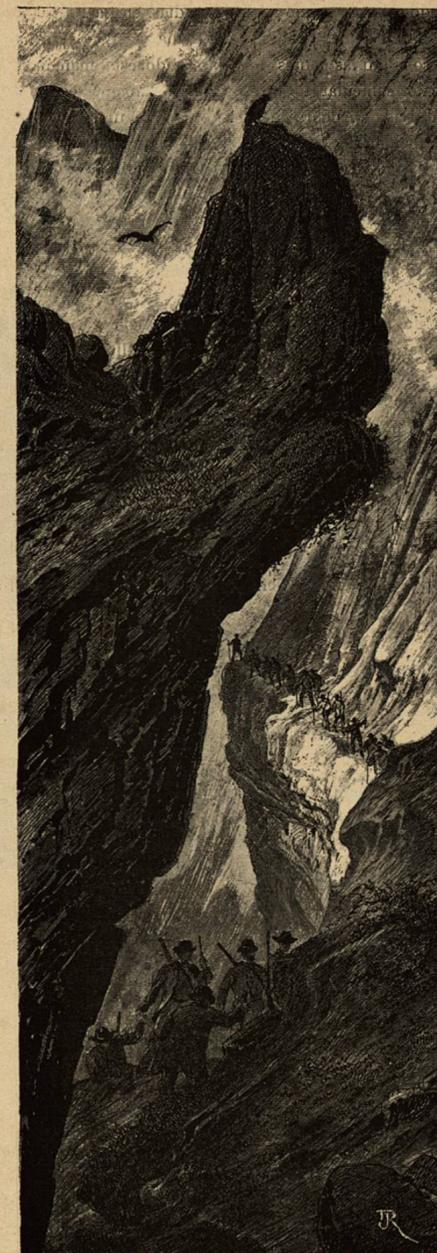
ALTURAS DE ÁNDARA, 16 de agosto.

¡Viva! ¡Viva! Hoy no se puede resistir el impulso del alma que hace mover los labios para exclamaciones jubilosas. Hoy todo es aquí delicia. Las nieblas frías y espesas que antes de ayer, y ayer más, nos mortificaban en estos enormes riscos, desaparecieron por completo anoche: hoy, á la hora de amanecer, cielo espléndido y purísimo brilló sobre estas montañas, y el Sol vino luego á revestirlas con su luz hermosa para que el Rey, al llegar á ellas, encuentre el gozo de la Naturaleza en los picos, unido al gozo de los corazones montañeses.

Porque la alegría es mucha, extraordinaria, como nunca se vió aquí. Los mineros, que otros días no es fácil ver en número de más de diez, y esos dedicados á su ocupación, aislados en muy apartado sitio unos de otros, están hoy, que no trabajan en las minas, reunidos en grandes y animados grupos desde las seis de la mañana. Vestidos todos con el pintoresco traje por cada uno reservado para las principales fiestas; pululando por las cañadas y las cumbres; aquí cantando, allí haciendo resonar entre los riscos el característico *wujé*, llamado *relincho* en las aldeas; por acá levantando un arco; por allá poniendo bien las mechas á los barrenos; colocando sobre cada mina una bandera, en virtud de lo cual las inconcebiblemente accidentadas peñas, por cualquier lado que uno mire, parecen sonreír y animarse con los preciosos colores nacionales; en tan delicioso movimiento, los trabajadores mineros no están solos, pues les acompañan muchos aldeanos y aldeanas, que por los caminos, sendas y atajos de estas cumbres empezaron á llegar, cantando alegremente desde muy tempranito.

La temperatura, inmejorable aquí, pues á las diez de la mañana marcaba ya el termómetro Centígrado 18 grados, que son 15 de Reaumur; y á las tres de la tarde señalaban el Centígrado 21 y el Reaumur 15'5.

Tomo III.—Caza mayor y menor



Subida á pie á los Picos

ha sido calurosa, como los últimos días, en La Hermida y en los demás pueblos de Liébana.

Pero si allí las gentes han disfrutado esta mañana del calor canicular, nosotros, los que estábamos en estas alturas de Ándara, hemos gozado de una escena digna del más regocijado y más brillante pincel, y de la más viva y amena pluma para describir tal como ha ocurrido. Me refiero á la llegada del párroco de Tresviso, que vino á celebrar misa solemne en el altar de la patrona Santa Bárbara. Vestido como la importancia y gravedad del caso de su venida requería, con sotana, manteo y gran sombrero de teja, de pronto apareció, por las revueltas del camino, sobre un jaco tan infatigable entre las breñas y tan velludo como imaginar sea posible, formal, serio y pausadamente caminando, precedido de veintidós tresviseños, adornadas con las sayas y los dengues y pañuelos mejoritos que en el fondo de sus respectivas arcas encontraron. Venían ellas á pie y de cuatro en fondo, en correcta formación, y muy despacio para más solemnidad; y al son de dos panderetas cantaban cuan fuertemente podían todas las buenas muchachas una cosa que, fielmente repetida, era de la clase y género que V. ve aquí:

Señor cura de Tresviso,
montadito en su caballo:
parece un ramo de flores:
por el aire va volando.

Inmediatamente después de haber hecho el buen párroco su triunfal entrada, como dicho queda, en la plazoleta donde está el Casetón de las minas, apeóse muy tranquilo del modesto jaco, se dirigió á la capilla de Santa Bárbara, construída al fin de la explanada, y allí dijo la misa, á las once menos cuarto, mientras los acordes de un organillo solemnizaban el acto religioso, á que asistían los mineros y las gentes venidas de las aldeas, y que ocupaban extenso espacio en estos riscos. Comió la gente luego en las chavolas y entre las rocas al sol, y comenzaron los bailes inmediatamente, al son del tamboril, las panderetas y las tarrañuelas.

En tanto que todo esto nos entretuvo guapamente, S. M. el Rey había llegado á las once y media de la mañana al pueblo de La Hermida, acompañado de los señores general Terreros, Conde de Mirasol, brigadier Goicoechea, coronel Barcáiztegui, doctor Camisón, don Eusebio Güell, D. Andrés y D. Mariano Henestrosa, hijos del señor Conde de Moriana; D. Luis Bustaman-

te, primo de los dos antes nombrados; D. Fernando Santoyo, redactor de *El Día*; y D. Gonzalo Cedrún, que lo es de *El Tiempo*.

En la Hermida saludaron á S. M. el señor Gobernador Civil de la provincia, el Sr. D. Ricardo Cuevas, Vicepresidente de la Diputación Provincial, el senador Sr. Campuzano, el Diputado á Cortes por este distrito, Sr. Viesca; el Sr. Martínez de Bedoya, Alcalde de Potes; D. Juan López, Alcalde de Tresviso; y otras muchas personas, entre las que debo mencionar al ingeniero de las minas de Ándara, Sr. de Arce. Numeroso gentío de Potes, Lebeña y los pueblos de Peñarrubia, esperó en La Hermida la llegada del Rey, aclamándole con entusiasmo. En La Hermida había un arco de pañuelos.

Después del almuerzo ofrecido al simpático Monarca, por el Sr. Güell, en la casa que la sociedad minera *La Providencia* tiene en La Hermida, el señor Gobernador Civil, el senador Sr. Campuzano, el Vicepresidente de la Diputación Provincial y el Alcalde de Potes, se despidieron de S. M., que comenzó con su regia comitiva la ascensión por el camino que conduce á estas minas de Ándara.

Cuando, á las seis menos cuarto de la tarde, desde los picachos que más avanzaban, se vió que el Rey estaba próximo, cesaron aquí los bailes, y todas las gentes acudieron á los peñascos cercanos al camino. De pronto, en la roca del Mancohundido, sonaron con solemne estrépito, y los ecos de estas montañas repitieron majestuosamente, veintidós fuertes estallidos de barrenos, por saludo al egregio viajero que llegaba. Los vivas y aclamaciones al Rey contestaron inmediatamente al sublime ruido, que la explosión de la pólvora en las peñas había extendido por la enorme cordillera; y, vitoreado sin cesar, precedido por los cazadores de rebezos que más fama tienen en esta comarca, guiando á todos los cuales venía el renombrado Juan de Moradiellos, al son también de panderetas y cánticos de las jóvenes montañesas, presididas por el apreciable Alcalde de Tresviso, en medio de las más francas y afectuosas demostraciones de alegría del numeroso concurso; D. Alfonso XII, el popular y amado, llegó á la placeta del Casetón, á la entrada de la cual había un arco elegante sobre columnas de laurel, y con esta inscripción en la parte que da al campo:

Los mineros de «*La Providencia*» ofrecen este testimonio
de respetuoso cariño
á su amado Rey D. Alfonso XII.

¡VIVA LA MONARQUÍA LIBERAL!

En el otro frente, la inscripción del arco, mirando al Casetón de las minas, dice así:

¡VIVA DON ALFONSO XII!

Él dijo en Santander: «¡Adelante, montañeses!
La penosa senda del trabajo, unida á la educación, es la
única que puede levantar el nivel moral de los pueblos
y hacerlos dignos de la libertad.»

¡VIVA EL TRABAJO!

La trascendental significación de ambos letreros revela bien el excelente espíritu que moral y socialmente inspira en los mineros de Ándara la sabia organización de los trabajos hecha por el ingeniero Sr. de Arce.

El gentío se agrupó en seguida en derredor de Su Majestad cuando se apeó á la puerta del Casetón de las minas, sobre cuyo edificio ondean vistosos gallardetes y da al viento el brillo de sus colores la bandera



Los osos

nacional, con un escudo en el centro y esta leyenda: ¡Viva D. Alfonso XII, Rey de España!

En el momento de apearse el Rey, las baterías de las alturas Banco Sin-nombre, la Enclavada, Inagotable, Abundantísima y Grandiosa, retumbaron con el estampido de numerosos barrenos; habiendo llamado especialmente la atención de S. M. la batería del Pico del Grajal, cuyos barrenos, estallando en bonitos surtidores de fuego, arrojaban grandes peñascos á considerable altura sobre la cúspide del Pico.

Subió luego el Rey al sitio que llaman Cualquier-Cosa; pero las espesas nubes que había en el lejano horizonte del mar por el ocaso, impidieron ver la puesta del Sol.

El detalle, no quiero decir *menu*, de la comida con que el Sr. de Arce obsequió á S. M., fué el que ahora digo:

Caldo de carne de vaca y gallina, solomillos con setas, truchas fritas, lenguas en escarlata, salmón en salsa tártara, asados de pierna de rebezo y de pava, fiambres de jamón en dulce y lengua trufada, dulces de tarta, pastelillos de crema y empanadillas; y postres de meléanos (fresas silvestres del país), peras de donguindo y briñones (de Liébana ambas cosas), piña fresca, dátiles de Berbería, melocotones, uvas y galletas inglesas.

Los vinos fueron: Tostadillo de Liébana, Jeréz, Liébana común del año 1875 y Champagne.

Después de tomado el café, pusímonos á escribir, en una misma mesa, el Sr. Santoyo su correspondencia para *El Día*, y yo la presente. De pronto nos vimos honrados con la presencia del Rey, que con varios señores regresaba de ver el baile de los aldeanos. Manifestó deseo de que leyésemos lo escrito; y, aunque observamos que era incompleta nuestra obra, nos invitó de nuevo bondadosamente, por lo cual yo leí todo lo que contiene esta carta antes de lo que se refiere á la llegada de S. M. á La Hermida. Durante la lectura de los cinco párrafos, y después de ella, se dignó favorecerme con muy lisonjeras frases, que no merezco, pero que siempre recordaré con gratitud.

Durante todo este tiempo, los bailes y los cánticos de la gente joven no cesaron junto al Casetón, y uno de los cantares era así:

A nuestro rey Don Alfonso
le tienen que preguntar
si le pintan bien los aires
del pico del Samelar.

Un caso curioso para terminar. Cuando el Rey, con los que le habíamos acompañado á ver la puesta del Sol, volvía hácia la casa, dos mujeres que iban en opuesta dirección paráronse delante de él, y, con la naturalidad más afectuosa, una de ellas dijo á S. M.:

— ¡Mucho nos alegráramos de que haiga vuelto por acá, y con salud, señorito!

Encantadora manifestación de ingenuo gozo, que el benévolo Monarca agradeció.

ALTURAS DE ANDARA, 17 de agosto.

A las cuatro y media de la madrugada cantaban hoy ya las mozas de Bejes, ante el Casetón de las minas, este pícaro cantar:

Para dir el Rey á caza
la mañana está rucida (1);
para dir á los rebezos,
tienen ustedes mal día.

Al oír tan mala nueva, y pues estaba ya vestido, abrí la ventana de la habitación, creyendo que había oído soñando; y efectivamente vi... que no veía, por causa de la espesa y húmeda niebla que envolvía todo cuanto constituye el puerto de Andara; y cuando, media hora después, desperté á los Sres. Arce, Santoyo y

(1) Mañana en que cae mucho rocío, como lloviznando por efecto de la niebla.

Cedrún, que dormían en la misma habitación que yo, en vez de saludarles diciendo: «¡Señores, muy buenos días!», malhumorado por el contratiempo de la niebla les arrojé sin consideración este cohete á la Congreve:

«¡Mal día, señores! ¡Hay una niebla muy densa!»

A pesar de todo, el Rey, siempre animoso, dispuso la subida al pico del Samelar, ya descrito en una de mis precedentes cartas; y lo dispuso creyendo que, como opinaban algunos monteros muy prácticos en el país, era probable que las nubes no llegaran, ni con mucho, á la escabrosa elevación en que estaba dispuesto el cazadero. Terminado, pues, el desayuno, Su Majestad montó á caballo á las ocho y cuarto, y, haciendo lo mismo su acompañamiento, se comenzó la subida á la alta peña.

Viste el Rey elegantísimo colete de piel de cabra, color canela, y monta un alazán hermoso. Tras el egregio cazador seguía larga fila de jinetes por la pendiente senda arriba, y á las nueve estaba ya S. M. en el cazadero que se le había dispuesto; ocupando de dos en dos, ó de tres en tres, los señores de la comitiva, los puestos más convenientes en las diversas escabrosidades de la cumbre. Pero la densidad de las nubes era allí mayor que abajo, y, no viéndose nada en aquel sitio, decidió S. M. regresar al Casetón de las minas.

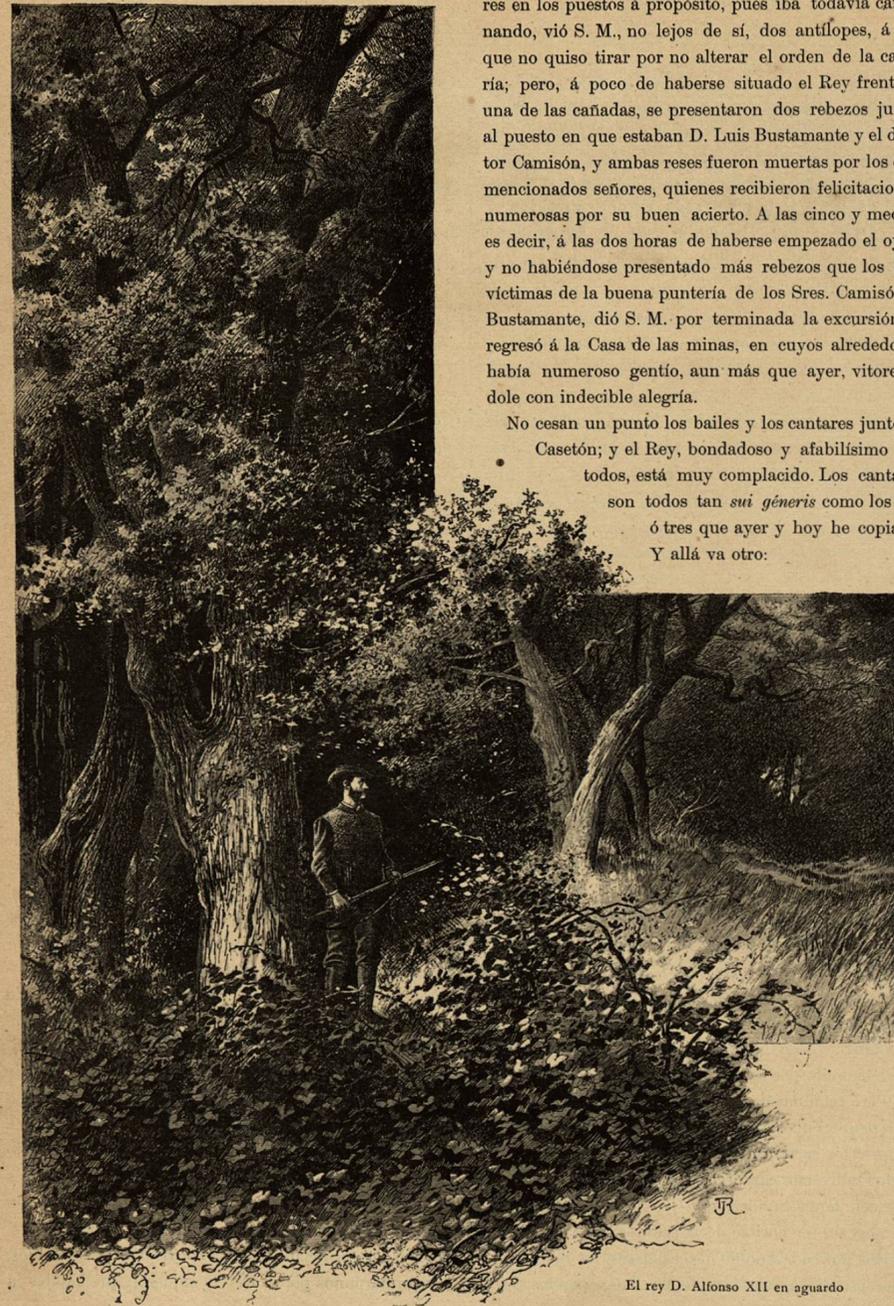
En toda la demarcación minera había entonces un cielo limpio de nubes, y brillaba sin obstáculos la luz del Sol, notándose lo mismo por la parte de occidente; viendo lo cual, y apenas el almuerzo terminado, Su Majestad resolvió subir al Pico del Jierro, ya también descrito por mí días pasados, y al cual llegamos á las tres menos cuarto. Bellísimo cuadro se ofreció á los ojos de S. M. durante aquella ascensión. Seguíamosle 17 jinetes, con la escopeta terciada á la espalda y uno tras otro, por no exponernos de otro modo á que resbalase algún caballo y rodase por los precipicios con quien le montara; y cuando el séquito del Rey formaba ondulante hilera por los pendientes zigzacs de aquel camino, veíanse ir delante, á pie y por diversas cumbres y cañadas, los ojeadores, también con armas; de manera que parecían guerrillas de guías del país, delante de un cuerpo de ejército, al ir á dar una batalla, según acertadísima y exacta comparación hecha por Su Majestad.

Si ya no hubiese hablado á V., en otras cartas, del hermoso espectáculo que presentan desde las grandes alturas de estos Picos las nubes, cubriendo otras montañas no tan altas y el mar, diría que á todos, al Rey y á su acompañamiento, causó agradable impresión.

Antes de comenzarse el ojeo y colocarse los cazado-

res en los puestos á propósito, pues iba todavía caminando, vió S. M., no lejos de sí, dos antílopes, á los que no quiso tirar por no alterar el orden de la cacería; pero, á poco de haberse situado el Rey frente á una de las cañadas, se presentaron dos rebezos junto al puesto en que estaban D. Luis Bustamante y el doctor Camisón, y ambas reses fueron muertas por los dos mencionados señores, quienes recibieron felicitaciones numerosas por su buen acierto. A las cinco y media, es decir, á las dos horas de haberse empezado el ojeo, y no habiéndose presentado más rebezos que los dos víctimas de la buena puntería de los Sres. Camisón y Bustamante, dió S. M. por terminada la excursión, y regresó á la Casa de las minas, en cuyos alrededores había numeroso gentío, aun más que ayer, vitoreándole con indecible alegría.

No cesan un punto los bailes y los cantares junto al Casetón; y el Rey, bondadoso y afabilísimo con todos, está muy complacido. Los cantares son todos tan *sui generis* como los dos ó tres que ayer y hoy he copiado. Y allá va otro:



Tomo III.—Caza mayor y menor

El rey D. Alfonso XII en aguardo